

LA VIDA EN EL GRAN MUNDO



AÑO I

Nº I

LA VIDA EN EL GRAN MUNDO

Revista decenal ilustrada



REDACCION Y ADMINISTRACION

Andrés Mellado, 30

Precios de suscripción:

E S P A Ñ A

EXTRANJERO

Mes 4 pesetas

Mes 8 pesetas

Trimestre.. 12 ídem

Trimestre.. 24 ídem

Número suelto, 1,50 pesetas

—— LA VIDA EN EL GRAN MUNDO ——

saluda fraternalmente a sus compañeros en la Prensa

LA VIDA EN EL GRAN MUNDO

Madrid 1 enero 1922

Año I Núm. I

Director
"TOMILLARES"



CACERIA EN LOS MARES POLARES

por el DUQUE DE MEDINACELI

EL hecho de haber repetido esta expedición a los once años de efectuada por vez primera, es la prueba más elocuente de lo muy interesante que para mí resultan



El duque de Medinaceli



El "Vaaland", donde se llevó a cabo la excursión hasta los mares polares



El conde de Ribadavia

expedición consignada en estos renglones, y a la que me acompañaron mi cuñado el conde de Ribadavia y mi primo el marqués de Almenara, los dos nuevos en esta plaza, cuyo anillo

estas cacerías exóticas. Para dar cuenta, en pocas palabras, del resultado de esta última excursión polar, me parece lo más a propósito reproducir el prólogo de mi diario, dedicado a D. Francisco Xavier de Gisberth, supremo organizador de estas excursiones.

EXPEDICION ARTICA A BORDO
DEL "VAALAND"

Agosto 1921.

"Para poner de manifiesto el excelente recuerdo que conservé de mi ex-

pedición de 1910, basta con ver otra vez, a los once años de efectuada, letra mía en este álbum.

El año 1920 quise emprender esta expedición, pero las dificultades de todo orden en estos primeros años de la post-guerra hacían casi imposible llevarla a cabo en condiciones siquiera regulares. En 1921, y no pudiendo ya resistir a la tentación de habérmelas de nuevo con los osos, focas y otros animalitos pobladores de estos helados contornos, organicé con Gisberth la

está determinado claramente por el Círculo Polar.

El barco *Vaaland*, que utilizamos para el viaje, y en el que estuvimos alojados durante un mes, es de los destinados a la caza de focas, tiene 33 metros de largo entre perpendiculares, de casco de madera, de siete metros y medio de manga y está expresamente construido para estos cruceros árticos. Provisto de un motor marca "Avance", de petróleo, sistema "Diesel", con 150 HP. de fuerza, puede alcanzar en



El duque de Medinaceli, el conde de Ribadavia y el marqués de Almenara, contemplando las piezas cobradas

aguas llanas una velocidad de más de ocho nudos.

Describir las escenas de que fuimos unos y otros, alternativamente, actores y espectadores, sería repetir lo que ya en este álbum han escrito plumas más fáciles e ingeniosas que la mía, y volver a relatar lo que con profusión de detalles va consignado en el diario. Me limitaré, pues, a decir que si bien el resultado fué satisfactorio y superó en número de piezas al obtenido en 1910, hubiera sido aún mucho más lucido si los elementos, en forma de vientos del Sur, nieblas y marejadas, no se hubieran mostrado decididos aliados de los osos, focas y otros animales, para protegerlos de nuestros más o menos mortíferos disparos.

Todas las islas del Ártico, ya se llamaran Francisco José, Rey Carlos o Edge Island, parecían esta vez ponerse de acuerdo para impedirnos llegar a



Un oso blanco de los que pueblan las árticas regiones, antes y después de ser izado a bordo

ellas, rodeándose de hielos y de niebla. Mis augurios sobre la tranquilidad de estas aguas, y por tanto la ausencia de mares, resultaron enteramente falsos a los ojos de mis dos compañeros, que por vez primera alcanzaban estas elevadas latitudes. Hubo balanceo para hartarse.

Los hielos, en la manifiesta hostilidad que desde un principio nos de-

Curioso ejemplar de foca barbada sobre los mares de hielo momentos antes de ser atacada y muerta

mostraron, unas veces no nos dejaban pasar, y cuando a pesar de todo lo lográbamos, trataban de cortarnos la retirada y encerrarnos, lo que en más de una ocasión hubiera sucedido sin la pericia de Gisberth, harto probada ya en las veinte expediciones que sin incidente alguno desagradable lleva ya realizadas.

En resumen: un *tableau* de 16 osos, 47 focas fétidas, siete focas barbadas y dos focas de casco (estas últimas nuevas para nosotros). Una bonita cacería y un éxito más que añadir a los muchos que lleva Gisberth en estas campañas. Vaya, pues, con nuestro aplauso más entusiasta al incomparable piloto ártico, la expresión de la más sincera y cariñosa amistad de este su afectísimo amigo, que le abraza,

A. EL DUQUE DE MEDINACELI

LA SENSIBILIDAD DE DOÑA EMILIA

por Luis Araujo-Costa

A L inaugurar en un periódico aristocrático una Sección de Literatura, en la que me propongo dar cuenta de los libros nacionales y extranjeros que salgan a luz y merezcan la pena de una bibliografía, o bien de los diversos temas literarios que surgen en el mundo, me parece materia suprema, con derecho a toda prelación, la figura sobresaliente de la condesa de Pardo Bazán. Aristócrata por la sangre, el temperamento y la vida de sociedad, que le era grata, la autora de *La quimera* es una gloria española que debemos estudiar y alabar de continuo. En el último cuarto del siglo XIX y en el primero del actual el nombre de doña Emilia se impone con fuerza avasalladora a todo investigador y crítico de nuestra cultura.

El espíritu de la inmortal escritora presenta muy variados matices, fases muy distintas entre sí. Permítaseme esbozar uno de estos

matices, una de estas fases, la menos conocida y no por ello la de menor importancia.

Se ha reconocido en la condesa un cerebro de primer orden, una inteligencia penetrante, poder analítico, erudición inmensa, sentimiento muy amplio para sentir y evocar el arte en cualquiera de sus manifestaciones; pero se ha dicho también que carecía de sensibilidad, que la razón había atrofiado en ella la vida afectiva, que el entendimiento y la voluntad descansaban sobre las cenizas o el vacío de un corazón sin otro cometido que el de ser una viscera orgánica, el centro obligado de su sistema circulatorio sin repercusión en la psicología.

¿Hasta qué punto es ello verdad? ¿Podemos aprobar sin reservas afirmación tan absoluta y categórica? Me atrevo a sostener que doña Emilia no carece de sensibilidad, aunque a veces lleve a la in-

teligencia funciones propias del sentimiento. En todo caso la sustitución será una forma de sensibilidad, nunca su falta.

La *facultad maestra* de nuestra autora—jusemos la terminología de Teine—es la aptitud, la disposición para la crítica. Su primera obra es un estudio crítico sobre un autor que tuvo poco de *sensible* a la manera romántica. Feijoo, cuya labor vasta, archierudita, sólidamente fundamentada y un tanto caótica en la exposición, fué alimento espiritual de la condesa antes de cumplir ésta los veinticinco años, no es modelo de sensibilidad hiperestesiada. Los amores del sabio benedictino tuvieron por objeto la Religión, la Verdad, la Ciencia, la Patria, y así trató de extinguir los errores y supersticiones que por su tiempo corrían de un extremo a otro de la Península. Cuando se quiere mejorar una cosa, o bien darla a conocer de todos para que todos la alaben y veneren, existe siempre en el sujeto un amor hacia esa cosa que explica el prurito de divulgación; y del mismo modo que Feijoo anhelaba que España reconociera las verdades por entonces descubiertas en las Ciencias, las Letras y las Artes, Emilia Pardo Bazán quería estudiar y—lo que era peor—cantar a quien compuso el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*. Las estrofas que siguen al estudio sobre Feijoo, si no son recomendables desde el punto de vista literario—doña Emilia nunca dominó el verso—, prueban al mundo cómo en aquella ocasión no tuvo la autora bastante con el tributo que su prosa razonada y limpia ofrecía al maestro. Parte de la sensibilidad no logró encerrarse en la mente: pugnó por invadir otras vías del alma que le son más propias, y los versos a Feijoo son a manera de un ¡ah! de admiración, un desahogo del pecho, el incienso que lleva a lo venerable los sentires que no logra encerrar el discurso.

Del inmortal polígrafo benedictino tomó la señora Pardo Bazán la idea de su *Nuevo Teatro crítico*, del que fué única redactora y en el que cultivó el ensayo, la crítica literaria y artística, el cuento, la novela, la crónica de actualidad, que años más tarde siguió cultivando en la *Ilustración Artística*, de Barcelona, hasta la desaparición de la revista.

En el *Nuevo Teatro crítico* aparecen los trabajos que después reunió en un volumen con el título de *Los poetas épicos cristianos*. Más que de razón, es ésta una obra de sensibilidad. Dante, Tasso, Milton, han hecho vibrar las cuerdas sensibles de la autora, y la prosa rítmica, viva, cadenciosa, acariciante en que están escritos estos trabajos es fiel reflejo de una impresión de índole afectiva. La condesa ha dejado halagar su fe de católica por el vate florentino, en cuyos tercetos mágicos convergen todas las noblezas del medioevo; su afán de justicia y de verdad, por la institución de la Caballería, que canta con prodigioso acento Torcuato Tasso... Vemos en seguida que la autora no tiene los mismos entusiasmos por la epopeya del puritano Juan Milton. Hay aquí más teología que misticismo, más concesiones a la razón que a los impulsos del sentimiento, y doña Emilia es entonces más sentimental que intelectual.

Algo semejante puede decirse del *San Francisco de Asís*, monumento de la hagiografía contemporánea en el que van la investigación y la crítica mezcladas con fuertes dosis de lirismo. El prólogo, que sintetiza el espíritu de la Edad Media, en nada desmerece junto a las mejores páginas de Castelar, poeta en prosa, que nunca tuvo la razón fría, la aptitud del análisis, por *facultad maestra*. El primer tomo del *San Francisco* es un trozo de "leyenda áurea" al estilo moderno. Un Jacobo Voragine de nuestros días no tendría inconveniente en incorporarlo a su obra. En el segundo volumen ya marcha el sentimiento mejor contrastado por la razón. El asunto así lo pide,

mas, ¿qué motivo, qué determinación lleva a la condesa a componer la vida de un santo medioeval y a estudiar las consecuencias que dejó en la Historia la Orden franciscana? Sencillamente, un impulso sentimental. A San Francisco de Asís no se le comprende antes de sentirle. Su labor religiosa y social llega al cerebro por el camino del amor. Ocurre cosa análoga con todos los místicos y aun ascetas. Ningún hombre sin fe podrá gustar su encanto. El *poverello* del siglo XIII, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, son para los ajenos a la fe religiosa lo que fué para doña Emilia el paganismo, "ánfora volcada, urna vacía".

Existe aquí, por consiguiente, una sensibilidad bien definida. La escritora insigne teme que se le disuelva por falta de alimento sano, y la nutre de intelectualismo. Se trata de un caso idéntico al de cualquier apasionado de las flores que estudiara Botánica. No por ello perdería el gusto de contemplar bellas corolas de matices exquisitos ni de aspirar perfumes deliciosos... Tal vez buscando en su obra científica hallásemos una sensibilidad exaltada por base de toda investigación. Tal ocurre en doña Emilia, con algunos distinguos y reservas, claro está.

Por extraña coincidencia, la autora de *Los pasos de Ulloa* y de *San Francisco* pone más sentimiento en sus obras de crítica que en sus novelas. El lirismo desborda en la *Cuestión palpitante* y en *La revolución y la novela en Rusia*. Ya quisiera Brunetière para el adorno de sus obras críticas las pinceladas de sentimiento con que nuestra escritora ameniza, embellece, vivifica las suyas. Confesaré que a veces hay en estos trabajos sobra de lirismo, dada su condición.

A medida que pasan los años, doña Emilia va, no perdiendo, ocultando esta sensibilidad. A partir del noventa y tantos—sería muy aventurado señalar fecha exacta—, la autora se deja dominar por la razón. La inteligencia parece entonces anular sus sentimientos, y el ingenio fino, lo que llaman en francés

sprit, se esfuerza en ir chupando el corazón, sin que llegue nunca a secarlo. Doña Emilia ha leído atentamente a Stendhal y le ha llegado muy adentro el "acuérdate de desconfiar", de Próspero Mérimée. Se agudiza su aristocraticismo, procura guardar para sí el deleite de las sensaciones, y satisface el anhelo aristocrático alternando con la sociedad de buen tono, a la que por nacimiento y posición económica pertenecía.

Su calidad de dama del gran mundo le sirvió de válvula que asegurase su equilibrio psicológico sin necesidad de "torres de marfil", a la manera del autor de *Eloa*, y sin que el cerebro ganara toda su alma.

El *sprit* de doña Emilia se detuvo en los primeros grados de su evolución; el sentimiento le sirvió de barrera y la antigua hagiografía que, como Dante, llevaba "a la cintura atada una cuerda", no ocultó jamás un veneno entre flores, no puso la cifra de su talento en la mala intención, como Voltaire, y menos llegó a la maldad elegante, archirrefinada y espiritualísima de Chamfort.

Por su talento y saberes, doña Emilia ha sido nuestra madame de Stael, y todos conocen el puesto que ocupa la hija de Necker en la historia de la literatura y la intelectualidad humanas.

Si nuestra polígrafa poseyó sensibilidad puede decirlo un estudio comparativo entre ella y la autora de *Alemania*.

LUIS ARAUJO-COSTA



Doña Emilia Pardo Bazán en la época de sus grandes triunfos como novelista

PAISAJE DE ABANICO

A UNA TIRANA MODERNA

*Déjame que te diga un verso que ha sabido
inspirar a mi Musa tu belleza española.
¡Tirana majestuosa y atrayente manola!,
resurrección del tipo adorable y perdido.*

*Quisiera musitarte un piropo al oído
que encerrase de mi tierra la sangre y el fuego,
y quisiera morir por tu amor, aunque luego
hubieras de arrojar mi pasión al olvido.*

*Y una tarde de sol, la plaza engalanada,
bregar con bazarra, matar de una estocada,
besar tus suaves labios, rojos como una herida;*

*bajar luego en calesa contigo a los Viveros,
beber en la Pradera y reñir con chisperos
por llevarme la maja mejor de la Florida.*

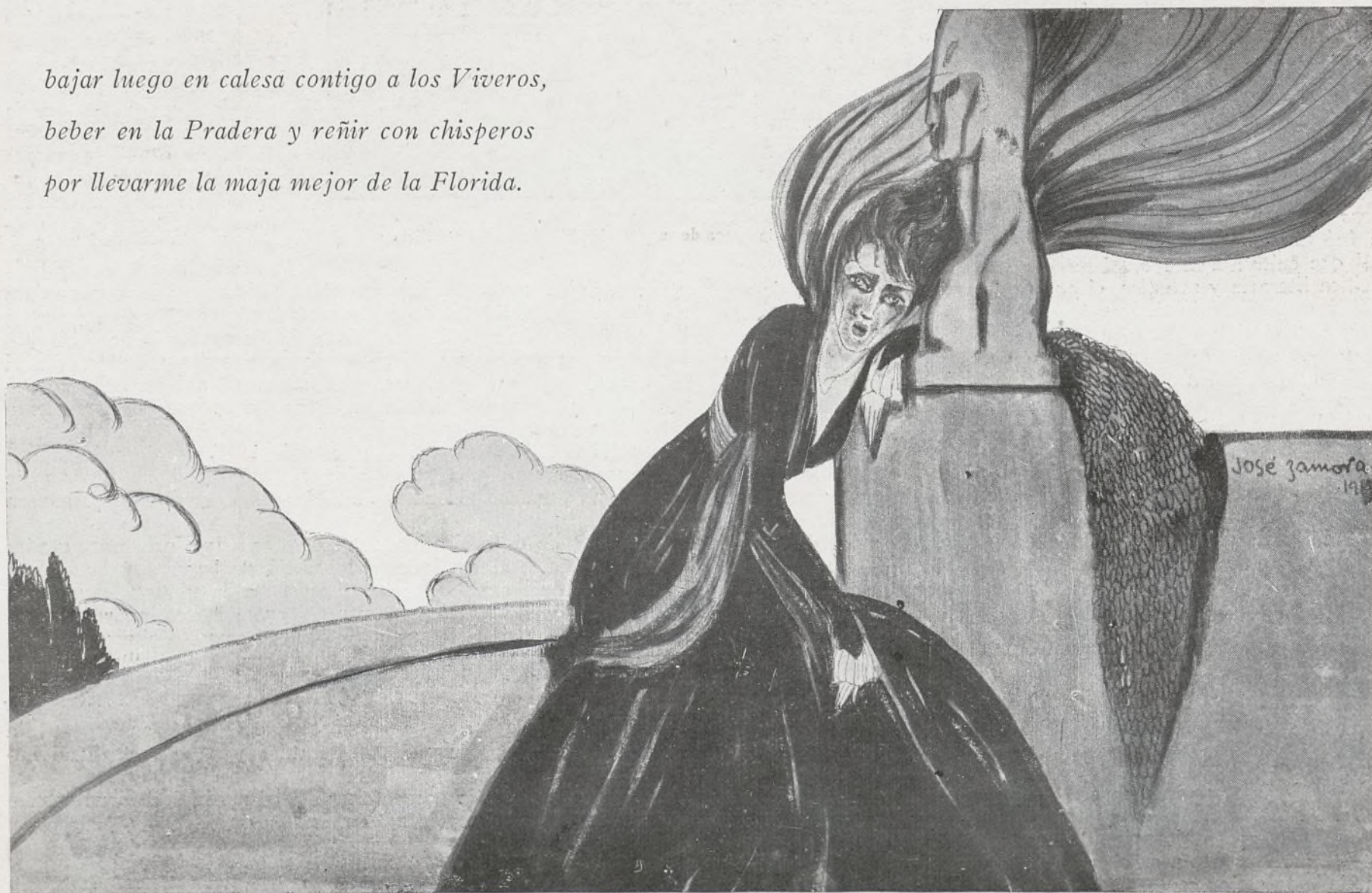
*Antaño fué en aquella misteriosa ventana
donde el de Bergerac lloraba su pasión.*

*Hoy, en el abanico de una nueva Roxana
hay desprecios, amores, locura e ilusión;*

*pues ha resucitado aquel loco gascón
que una noche, ignorado, cantó su desventura;
y si escuchas piadosa verás cómo perdura
la vibrante tragedia de su declaración.*

*¡Abanico que te abres cuando una blanca mano
quiere del gran secreto violar la confesión!,
¡no digas nunca, nunca, que hoy un nuevo Cyrano
a otra nueva Roxana ha dado el corazón!*

Alfonso Roca de Togores



EL PRIMAVERAL INVIERNO DE NIZA

por Luciano de Taxonera

NARBONE, Cette, Marsella, Niza... El tren corre adaptándose a las sinuosidades de la costa, como si no quisiera perder ni un instante la vasta planicie del mar, tan tranquilo y tan azul. Casi desde Marsella, y cuando ya los ojos no contemplan los enormes almacenes alineados a lo largo de la vía férrea se dan a ver lindas villas y suntuosos hoteles. En la rápida constante sucesión se presiente más que se descubre, se adivina más que se ve el cuidado que se ha puesto en que nada desentonase del ambiente de suavidad y de calma, y a la vez tibio y perfumado, que se recoge bajo un cielo de encanto y que baña un mar de maravilla...

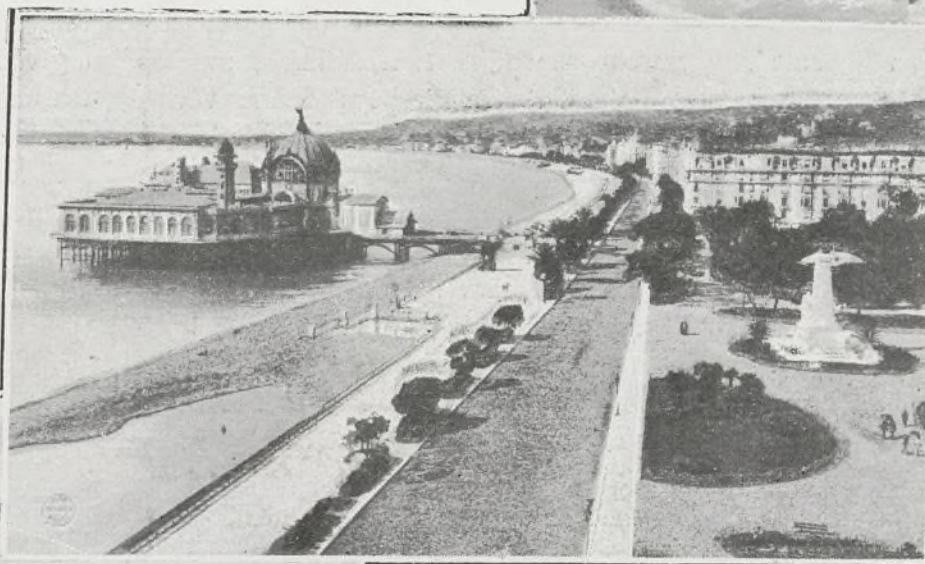
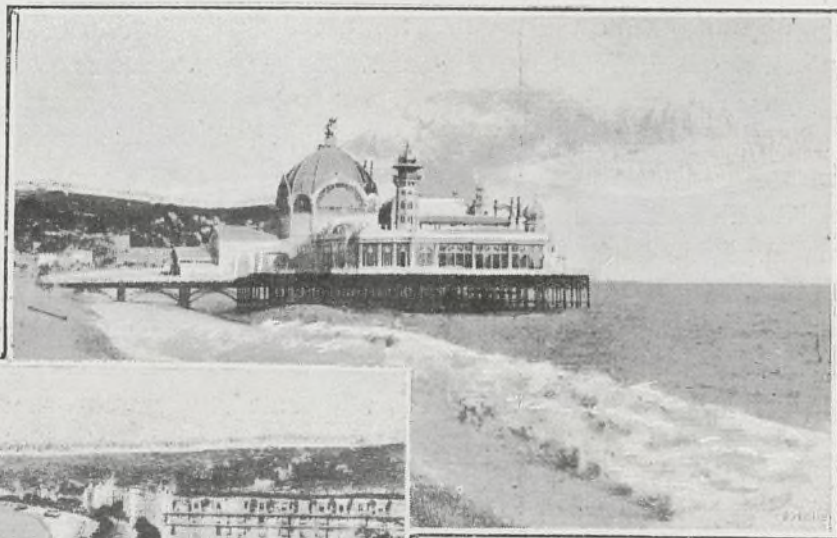
La mano del hombre nada ha hecho que pudiera alterar lo que la Naturaleza, pródiga, ha dejado a lo largo de esa parte de la costa mediterránea. Nada de castillos rocosos ni de moradas de gravedad señorial, ni de edificios fríos, medio cerrados a la luz y, por lo tanto, ausente de ellos la alegría. Bien está esa clase de construcciones, que tienen tanta cenobítica austeridad, para la hosca Castilla o la enseñorada Bretaña, porque hasta a veces parece

Ni la tristeza del otoño, ni la hosquedad del invierno, ni aun el estío, que tanto aplaná y abruma, logran alterar las características de temperatura y de paisaje de este bello rincón del mundo, en el que todo vive con ese doble encanto de vivir: con la delicia estética que proporciona a la mirada y con el calor emocional que causa al espíritu.

En Niza todo es aristocrático, porque todo es de selección. No tiene nada, ni aun en su vida corriente, que se pueda reputar como vulgar, y ni aun por sus calles o por sus plazas se ven cosas plebeyas, atentatorias al buen gusto. El alma de Niza es una dama, de ro-

de las emociones del ambiente suave y delicioso, y sus ojos, ya cansados de mirar columnas y columnas de números, se extasiaban ante la contemplación de la Naturaleza, que parecía tan frágil y tenue, pero que tenía tanta belleza.

Durante los años de la guerra—nosotros la recordamos en el otoño de 1917—, Niza fué una ciudad francesa más que se sumó al



acervo común de la nación, y sufrió las mismas privaciones, y compartió iguales calamidades, y tuvo un gesto resignado para el dolor y para la muerte. Dejó de ser la dama de ropas muy elegantes, cargada de perfumes, que sen-

pas extraordinariamente elegantes, cargada de perfumes, que, sentada en un sillón de lujosa estancia, no tuviera otra misión que la de sonreír, sonreír siempre. La ciudad maravillosa de la mediterránea costa francesa sonríe a

tada en un sillón de suntuosa estancia, reía, reía siempre. No. El gran pesar de sus hermanas, las demás ciudades francesas, que veían a sus hijos en los campos de batalla ante las asechanzas de la metralla enemiga, Niza igualmente lo sufrió con la misma resignada tristeza y con la misma viril emoción.

* * *

De nuevo Niza vuelve a ser la ciudad alegre, emporio de la riqueza del mundo. Sobre las azules aguas de su mar se mecen aristocráticamente los yates de los privilegiados de la fortuna; en las ricas estancias de los suntuosos hoteles vuelve a deslumbrar el brillo de espléndidas fiestas; por sus calles, que ostentan la alegría de fulgente sol, ya no circulan heridos o enfermos de la guerra, que fueron a buscar a su clima suave, confortador, la salud que en las malas trincheras o por la metralla habían perdido, sino damas en cuyas sedas se prenden todas las elegancias. Niza es por sí sola la ciudad que con un gesto primaveral desafía al invierno.

L. DE TAXONERA



que el cielo, lleno de adustez, y la tierra, poco grata, las requieren así, con ese carácter hidalgo y—si se nos permite—diré que conventual, pero no esa ribera tan risueña y florecida, tan bella y exultante, en la que todo es blando, suave y armonioso: el cielo azul que la mira y el mar azul que la baña.

¡La belleza de Niza! Con ser mucha no está en sus villas, que parecen de ensueño, ni en sus palacios, que se pueden imaginar de cuento de hadas; no está en su sol fulgente, ni en su vegetación espléndida; no está en sus vías anchas ni en sus plazas, en cuyos jardines crecen las flores. La belleza de Niza es algo ideal que le habla al espíritu, es algo que se destaca en polvo de oro en medio de la magnificencia celestial de suaves atardeceres otoñales que más bien parecen de primavera... En Niza siempre es primavera, porque todo, todo tiene un manto primaveral.

todo y a todos; sonríe porque su sonrisa es su vida y porque quiere ser amable y recibir con ilusión a cuantos dejan otros cielos, que muestran la hosquedad del invierno, para mirar el suyo, que ostenta continuamente la alegría del sol siempre grato, como de primavera...

* * *

Desde los más apartados lugares del mundo llegan a Niza, en lucida caravana, todos los millonarios de sobre la tierra. Antes de la fecha fatídica de agosto de 1914, en los grandes hoteles, en las suntuosas villas se alojaba toda la aristocracia de la sangre junto con esa colección de apellidos que representan enormes negocios que ponen en conmoción la mayor parte de las actividades humanas. Y no es que unos u otros fuesen a Niza porque era elegante, sino porque les era grato, pues sus espíritus se enriquecían

¿RECORDAR ES LLORAR?

NOS ponemos tristes? Sí, un poquito. Jóvenes y no jóvenes debemos sentir algo de pena. Por supuesto, huyendo de sensiblerías.

Las que ya llevamos bastantes años *cur-sando de vivas* hemos conocido tiempos mejores, y no porque siempre se nos antoje peor el presente, ni por achaque de vejez, sino porque aquello..., aquello era superior a esto.

Aquello era hogar, era júbilo, encanto, poesía; más amistad, más amor..., mayor unión, mejores simpatías.

Nos invitaban por afecto; hacíamos falta a muy cordiales sentimientos.

Nos atrevemos a sostener que la Nochebuena de ya lejanas épocas tenía más atractivos.

Nuestros abuelos la celebraban con mayor solemnidad que nuestros padres; éstos, sin embargo, procuraron y lograron imitar a los suyos. Nosotros pusimos también bastante caudal de ternura en las fiestas del hogar, y algo se consiguió.

La sociedad parecía entonces imperecedera; había, insistimos, vínculos más estrechos que los de ahora. Sus individuos, casi todos, hacían el efecto de ser más generosos, más desinteresados, más francos.

Reíase como si se riera por la primera vez; amábase como si fuera la última vez que se amaba.

Al disfrutar tanto y tan bien, tenía derecho a exclamar, sincera e ingenuamente, aquello de que "no hay nada más divertido que una diversión". Nadie se aburría.

Trajes que no representaban, como los de hoy, miles de pesetas; telas plegadas con arte; modas de 1885, por ejemplo; granadinas y sedas lindamente combinadas con otros tejidos de diferentes matices; las mangas, aun cuando fueran cortas, eran mangas...; el escote, cuadrado y airoso, solía ser más honesto. Creemos recordar, en fin, que no se padecía, como ahora, el *krack* del recato.

Las casas de mejor tono, así como las modestas, ofrecían suculenta o sabrosa cena a sus deudos y a sus amigos más íntimos. Se trataba, por regla general, de un personal excelente, y reinaba la animación necesaria para no quedarse nunca sin conversación.

Se bailaba con digno afán; aquellos vales eran primorosos y de los que obligaban a exclamar luego, cuando ya los años pasan y pasan, sintiendo hondamente la poesía dulce y triste de los recuerdos: "¿Quién no ha tenido un vals en su vida?!"

Diríase que ahora las parejas, al practicar las danzas de moda, bailan como personas que bailan sin gana.

Rara es ya la familia pudiente que celebra hoy, ilusionada y afectuosa, espléndida cena en su casa, porque la vida de sociedad va concluyendo; la destroza la vida de hotel.

Ahora se hace con el mundo lo que decía, no recordamos quién, que se hace con las pieles en verano; se va a él de cuando en cuando para que no entre el olvido en sus relaciones, como se sacan aquéllas tal cual vez al aire, para que no se albergue en sus pelos la polilla.

Personas y cosas han variado por completo.

Aquellas jóvenes, lindas por cierto y menos complicadas, pensaban más que las de hoy en la tradición. Eran almas que pertenecían al justo medio de las almas.

¡Lástima que hayan tenido fin tan halagüeños cuadros!

Perdonad, lectoras, si resultamos algo lacrimosos y románticos. Permitid que tengamos en cuenta que este invierno *no cuenta*, no debe contar. Lo mismo en las casas particulares que en los hoteles habrá muchas menos risas, mucha menos algazara. Vivirá en todos los corazones el recuerdo de lo que ha quedado, de lo que queda en el campo de batalla, quedando en nuestro ánimo la reflexión amarga de: "Allí se sufre, allí se lucha, allí se muere".

Vamos escribiendo esto como en un libro de memorias, realizando un monólogo triste, buscando voz que responda a la nuestra y sin dudar que la encontraremos.

Pongamos toda nuestra alma en la solemne fiesta. Nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce fin.

Al público palpitante y bullicioso de los hoteles—éste es el ambiente que ahora priva—les diremos:

—¡Ah! Si ustedes hubieran conocido las cenas de la duquesa Angela de Medinaceli, de los duques de Fernán-Núñez, de la condesa de Macuriges, de Barbarita Riquelme y de tantas otras familias no menos ilustres, hospitalarias, obsequiosas, en extremo distinguidas, hubieran ustedes disfrutado mucho—queremos creerlo así—ante tantísimos inimitables detalles de buen tono, de suma y bien entendida elegancia, donde reinaba el contento cordial después de haber acudido al llamamiento de las campanas o de la música, anunciando la misa del Gallo, citando así a los cristianos al Oficio divino.

En la señorial morada de los duques de Fernán-Núñez la cena se servía en diversas mesitas y era amenizada por una admirable y española orquesta de bandurrias y guitarras.

También las cenas en el palacio de la inolvidable condesa de Montijo resultaban gratísimas, por el contento, por el esmero, por la distinción que, igualmente, había en ellas.

Recordamos, por cierto, que en una de dichas fiestas el adorno principal de la mesa consistía en la profusión de piñas, *la reina de las frutas*; se confundían con las flores; estaban, como es consiguiente, libres de su corteza, y sólo conservaban la parte superior, a la cual llamaremos *penacho*. Una de las comensales, gentilísima señorita, tuvo la ocurrencia de colocarse dicho remate, que estaba suelto, en la cabeza, a modo de *aigrette*; otras la imitaron; tocadas así entraron en el salón de baile, y estuvieron danzando a más y mejor.

A las pocas noches, en los palcos del Real se presentaron varias damitas ostentando un adorno parecido, hecho con cinta de raso verde. La moda duró todo el invierno, que no es poco durar.

Ahora, ahora, nada más que el hotel; no hay tiempo de otra cosa; a lucir modas muy exageradas, exhibiendo todo cuanto esas usanzas exigen, algo atrevidamente, que no esté oculto; a bailotear antes y después de la cena, y aun durante ella, según el estilo americano; a aturdirse con el estrépito del *jazz-band* y... a no retirarse, ya se sabe, sin preguntar, pensando en el importe de la cena: "¿Qué debo?"

Todo ello, ameno, no lo negaremos, pero muy a lo turista, muy exento de espiritualidad, muy sin hogar.

Se cierran los comedores particulares. La Nochebuena de Madrid lo mismo puede parecer la de cualquier población del extranjero.

Y es que hoy se quiere vivir con todo el mundo. Se nos figura que antes se vivía formando cada cual *su mundo*; y eso, francamente, valía un mundo, ya que no implicaba orgullo, sino intimidad, cariño.

¿Cualquier tiempo pasado fué mejor?

Que lo resuelva en definitiva quien lo leyere, si es que alguien nos concede el honor de fijar su atención en estas pobres lamentaciones.

Nosotros nos vamos a tomar la libertad de terminar diciendo que la Nochebuena de ayer era...

Era aquella en que todavía no se había hecho del hogar un hotel, y del hotel un hogar.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE



Ayuntamiento de Madrid



Los Grandes de España reunidos en Palacio para celebrar la junta general, en la que se votan los cargos para la Diputación de la Grandeza. En la Mesa el decano, marqués de la Mina, y los Sres. duques de Villahermosa y de la Vega

Sus Majestades y Altezas Reales rodeados de los pobres que fueron favorecidos en el reparto de prendas verificado en el Real Palacio



Las Reinas Doña Victoria Eugenia y Doña María Cristina, y las Infantas Doña Isabel, Doña Beatriz y Doña Cristina honran con su presencia la Tómbola celebrada en el Palace Hotel a beneficio de la Cruz Roja



La duquesa de la Victoria a su paso por Madrid visita en el Hospital de San José y Santa Adela a los oficiales últimamente ingresados en dicho Establecimiento



A PROPOSITO DE PALMAROLI

LA FOTOGRAFIA Y EL DIBUJO

por Juan de Ega

LA primera intervención armada en las plazas del litoral africano—primera en esta nuestra época contemporánea—dió lugar a que se destacase un gran artista: Alarcón. Alarcón, con ser un ameno cuentista, un genial novelista, se le conoce menos como autor de *El escándalo*, *El sombrero de tres picos* o de *El final de Norma*, que como el que plasmó en páginas de un interés supremo y de una fuerte emoción *El diario de un testigo de la guerra de Africa*.

En los episodios de 1909 y de 1912, ni aun siquiera en este último que en los días actuales se está desarrollando en los campos

tes y la técnica de combatir en 1859 no es la misma que la de 1921. Entonces España luchaba con un ejército semi-regular, pues el Sultán Ab-de-Ramann aun tenía bajo su mando a las cabilas que en los días que aun reina-

cuanto pasó en los campos africanos ganados para España por Prim y O'Donnell.

En estos días actuales tampoco hemos tenido un dibujante. El dibujo fué sustituido por la fotografía, que nos



melillenses, han servido para que se destacase escritor alguno que con firme trazo dejara en letras de molde el recuerdo de cuantas heroicas acciones han realizado nuestros soldados al contender con los cabileños rebeldes.

Ciertamente, hoy las referencias telefónicas y telegráficas le han quitado emoción a los artículos de los corresponsales. Estos tienen, a veces, que utilizar los mismos elementos de que ya tiene el público noticia por los partes oficiales y las ampliaciones que de ellos dieron los noticieros.

También la guerra ha cambiado. Las normas morales de los combatien-

ban en Fez Ad-de-Azu o el Hafich se declararon independientes.

Cierto que a Africa en los días presentes no fué escritor alguno de la robusta mentalidad de Alarcón, que, además, tuvo un digno compañero: Palmaroli.

Hemos sentido verdadera emoción ante los dibujos de Palmaroli. No se puede concebir modo más sencillo ni más emocional. En una sola línea, en un solo trazo nos da una impresión seria y honda de aquellos días gloriosos en que nuestras tropas iban de victoria en victoria

por las tierras africanas de Ceuta a Tetuán. Como Alarcón fué el artista de la palabra, Palmaroli fué el artista del lápiz. Los dibujos que acompañan a estas líneas son muestra fehaciente de cuanto llevamos dicho. Palmaroli en ellos nos da una sensación exacta de episodios aislados que sucedieron en aquellos días, y tienen tal poder evocador, que tenemos la visión perfecta, tan cerca de la realidad como fueron hechos los mencionados dibujos, de

muestra los hechos tal y como fueron, pero de manera fría y con el solo interés de un documento.

La fotografía es digna compañera, por su vulgaridad, de los partes telegráficos. El arte, en cambio, es la crónica del escritor y el apunte del dibujante. Aquellos días gloriosos de 1859 tuvimos a Alarcón y a Palmaroli. En los días actuales, de tanta gloria—dicho sea de pasada—, el telégrafo y las placas de los kodac se han adueñado de algo que sólo competía a los artistas.

* * *

Así como Palmaroli fué el artista que con sus dibujos nos dejó la visión de algo de lo acaecido en los campos africanos durante la campaña de 1859, Atienza acertó con sus pinceles a dejar sobre el lienzo el hecho memorable de la entrada de las tropas victoriosas en Madrid. Nada más emocionante que aquel momento, al que Atienza supo darle todo el interés y todo el vigor que el hecho por sí merece.

El cuadro de Atienza, de rara perfección, recuerda el paso de los soldados de O'Donnell, los soldados que vencieron en Wad-Ras y en los Castillejos, por la Puerta del Sol, que entonces, aun más que ahora, era el corazón de Madrid.





El paso por la Puerta del Sol de las tropas que se coronaron de gloria en Africa en la campaña de 1859-60

Atienza, pintor muy de su época, tiene en su pincel el mismo afán descriptivo que era la única ley artística por que se regían otros pintores que también han logrado que sus nombres sean conocidos y respetados por sus obras. Atienza, pintor de rico colorido, de espléndido detalle, lleno de delicadezas y de emotividades, tiene en su haber artístico, como uno de sus más preciados galones, el ser el autor de este cuadro, que tan bien refleja el momento más culminante de aquella guerra romántica, de aquella guerra, que fué un episodio más de los muchos que guarda el libro de nuestra historia

de las luchas entre moros y cristianos. Estas luchas crearon un género literario y hasta tuvieron fuerza suficiente para crear un género pictórico, que culmina en ese momento en que las tropas victoriosas atraviesan la Puerta del Sol para instalarse en unos descampados que entonces parecían muy lejos de Madrid, y que hoy es el populoso barrio de Tetuán de las Victorias. A Atienza, pues, se le debe el haber fijado en el lienzo un momento interesantísimo de la historia de ese siglo XIX, tan romántico y tan pintoresco.

El inteligente coleccionista a cuya

galería pertenece, bien hace en tener esta pintura en rara estima. Cuando se historíe como se debe el pasado siglo, a él se irá, porque en su colección, tan numerosa como bien escogida, se ha de encontrar el dato exacto, el detalle de muchos de los hechos que acaecieron en el siglo inquieto que sentó en el trono de España a tres reyes de distintas Casas reinantes, pasando de la Monarquía a la República con la misma facilidad que se constituían Gobiernos provisionales.

JUAN DE EGA

Dibujos de Palmaroli.
Pintura de Atienza.
(De la galería particular de J. M. de E.).

LA SEÑORITA DE MERRY DEL VAL

por TOMILLARES

ES un suntuoso hotel de la calle de Serrano el que habitan los señores de Merry del Val (D. Domingo). Penetro en el jardín, donde un hermoso perro policía me recibe con cierta desconsideración. Traspongo el umbral de la mansión. Un criado me invita a subir al piso principal, donde la señorita Mimí tiene sus habitaciones. Contemplo la estancia, sumamente elegante y muy femenina. Hay en ella una espaciosa otomana cubierta por tapiz oriental. Sobre ésta se ven varios almohadones de diversos tonos y manta de piel doblada. Un piano abierto muestra las teclas marfileñas. En el atril, las notas pentagráficas de un *fox-trot*. Una mesa bajera con cesto de labor; otra grande con libros y revistas: *Vogue*, *Fémina*. En la chimenea se destacan dos retratos: el de D. Alfonso, con dedicatoria, "A Mimí Merry del Val con mi agradecimiento por sus desvelos para con mis soldados". Otro de la Reina, también con dedicatoria.

Entra Mimí Merry del Val. Es esta muchacha bella en extremo. En el perfecto óvalo de su rostro de color rosado brillan los ojos grises muy claros. Su boca, diminuta y de blanquísimos, perfectos dientes, sonríe sin cesar, dándole esa simpatía peculiar de las captadoras de voluntades.

Mas la subyugación y rendimiento a esa simpatía aumentan conforme Mimí Merry del Val habla.

Su conversación se desliza en una sinceridad absoluta.

Le proponemos una *interview* acerca de su permanencia en los hospitales de Melilla.

Con un mohín delicioso, se niega a ello. Insisto. La conversación amical que sostenemos me hace saber algo de lo en Africa pasado, y como creo interesante para nuestros lectores lo que escuché, aquí lo reproduzco.

Era un día del pasado julio. A las tres y media de la tarde había de salir para La Granja. Por la mañana, en el hospital de San José y de Santa Adela, la madre superiora me dijo que aquella tarde marcharía a Melilla la duquesa de la Victoria, y que yo debía acompañarla.

Llegué a casa a la hora del almuerzo. Hube de convencer a mi padre de que mi deber me llevaba a tierras africanas, en las que había de tratar de ser útil a los soldados heridos. La empresa no fué fácil, tanto más si se tiene en cuenta que mi madre se hallaba en Chile, donde aun sigue.

Llegamos a Melilla en aquellos luctuosos días que siguieron a los tristes acontecimientos que conmovieron el alma española. Entraban en aquella plaza, sin cesar, soldados heridos, enfermos, maltrechos. El albergue para ellos era punto menos que imposible; cuidarlos con esmero y atender a sus necesidades parecía irrealizable.

Sólo una voluntad férrea y decidida como la que posee la duquesa de la Victoria pudo conseguir habilitar espaciosas salas que sirvieran de hospital.

Con la duquesa habíamos ido otras dos enfermeras: la señorita María Benavente, hija del reputado doctor don Avelino y sobrina del eminente dramaturgo D. Jacinto, y yo. Hubimos de trabajar con tesón, y nuestra mente aún recuerda con espanto las lúgubres escenas que presenciábamos. Tristes cuadros se sucedían con rapidez vertiginosa, ayes de dolor, imprecaciones, quedas voces que suspiraban el recuerdo de las madres, ¡qué sé yo!, toda una gama de tristeza, de pesadumbre, de dolor, de enfermedades que convertían a aquellos valientes en mimados niños. Es curioso recordar cómo aquellos hombres llenos de vitalidad y

de energías a las pocas horas, por causa de un balazo o la alta temperatura de la fiebre, se trocaban en niños caprichosos.

La duquesa de la Victoria y nosotras dos habitábamos la casa que ocupó en vida el heroico coronel de Alcántara, D. Francisco Manella.

Todos en Melilla, desde el alto comisario hasta el último de los trabajadores, nos guardaron tantas atenciones, que es imposible lleguemos a olvidarlas.

Los militares (jefes y tropa) nos saludaban militarmente, y en su saludo había, junto con el respeto, un gran cariño, respeto y cariño que por nuestra parte eran correspondidos.

Todo el día nos lo pasábamos con los heridos y enfermos; cada cuatro noches velábamos; alguna vez transcurrieron treinta y seis horas seguidas sin salir de aquellas salas dolientes. Los menos graves habían de ser repatriados para que dejasen su lugar a nuevos heridos o enfermos. El trabajo era grande, y muchas veces rudo, pues nosotras teníamos que fregar los suelos y hacer otros menesteres.

Con todo ello apenas nos quedaba tiempo para hojear la Prensa. Sin embargo, a nuestros oídos llegaban voces que eran injustas para el Ejército. Nosotras, que estuvimos seis meses conviviendo con él, podemos asegurar que el espíritu y valentía del Ejército español ganan al espíritu y valor del mejor ejército del mundo.

Yo he asistido a más de dos mil quinientos hombres.

La duquesa de la Victoria ha sido para con nosotras como una madre.

Lo más interesante para mí fué salir en los trenes-hospitales, desde donde veía cómo combatían nuestras tropas. Además (y esto me enorgullece un poco), creo que no hay en España muchas muchachas de mi edad que lo hayan presenciado, y al fin y al cabo siempre gusta que exista algo por lo que pueda una presumir.

El recuerdo de aquellos cuadros es como ensoñación. En la penumbra de la noche despertaban los campamentos y posiciones. Fanfarrias guerreras tremolaban en el ámbito. Se organizaban las columnas. Eran éstas interminable desfile de hombres e impedimenta. Los combatientes marchaban alegres y dicharacheros. Algún canto regional era como oración recordatoria al terruño lejano, al pedazo de tierra española, donde nacieran los amores, donde quedaban los afectos, terruño que quizá ya no volviera a ver el juglar moderno.

Llegaba el día. A los primeros destellos del astro solar se divisaba en lontananza núcleos de moros que desde las lo-

mas y altozanos, arteramente encubiertos, tiroteaban a nuestras tropas.

Los generales daban órdenes, que eran transmitidas por sus ayudantes.

La interminable columna se esparcía en guerrillas, y nuestros soldados, haciendo del valor heroico alarde, llegaban hasta el enemigo.

Empezaban a traer heridos. A muchos de ellos se les hacía allí mismo la primera cura. Las soportaban con resignación estoica. Sus quejas jamás fueron de dolor; eran reproches a su desgracia, que les impedía momentáneamente tomar el desquite en la afrenta cruel e inhumana que sufrieron sus hermanos en Nador y en Monte Arruit.

.....

Cuando estuve en esta última posición ya habían sido enterrados casi todos los cadáveres.

No obstante, el cuadro que se presentaba a nuestros ojos era propio del numen dantesco. Hombres curtidos en el dolor y en la guerra no podían contener las lágrimas que a sus ojos asomaban.

.....

¡Huy! noviazgos. No había tiempo. Claro es que los oficiales por nosotras cuidados ponían gran empeño en demostrar su reconocimiento.

En primer lugar, todo hombre herido o enfermo se convierte en niño, y de niños no se siente las ansias de amar, sino de solícitos cuidados maternos.

Además, casi todos ellos tenían sus amores, y de ellos soy testigo de excepción, pues conforme convalecían me iban haciendo sus confidencias.

A más de uno leí cartas de su amada, en las que vibraban frases de amor ardiente. Esperaban la repatriación del herido, y estoy segura de que cuando al lado de sus novias hablaran de mí, aquéllas no habrán de sentir el aguijón de los celos.

Tuve varios ataques de paludismo, y como en el hospital no quedaban más que diez y nueve heridos, decidieron que volviese a la Península. La despedida que me hicieron en Melilla fué premio en demasía para compensarme de las tristezas que allí vi.

Llegué a Málaga con bastante fiebre. Aquel día Su Majestad la Reina doña Victoria me envió un recado diciendo que si no podía salir vendría a verme. Pude ir al hospital donde se hallaba la Reina. Había más de cuatrocientos soldados a quienes atendí en Melilla. Me hicieron una ovación

y tuvieron la delicadeza de ir uno por sala a la estación para despedirme a mi venida para Madrid.

.....

Como he pasado seis meses con el uniforme de enfermera, ahora al vestir de *paisano* no acertaba; sobre todo, lo que más raro me hacía era el sombrero.

.....

Hube de preguntar a la señorita Mimí Merry del Val si le habían concedido alguna recompensa.

Señaló la chimenea donde se hallaban los retratos a ella dedicados por nuestros Soberanos, y repuso:

—¿Es esa poca recompensa?

Argüí:

—¿Pero ni la Medalla de Africa?

—No.

—¿Ni la Cruz del Mérito Militar?

—No.

—¿Ni la de Beneficencia?

—Tampoco.

Callé por no hacer resaltar a mi visitada que, exceptuando nuestros simpáticos Monarcas, habían sido desconsiderados para con ella personalidades que estaban obligadas a interpretar el deseo del pueblo español, siempre agradecido, y que ansía vivamente testimoniar a esas distinguidas enfermeras el concepto admirable que tiene de su abnegación y caridad.

Callé, digo, y me despedí de la señorita de Merry del Val.

.....

Ya en la calle, meditando de nuevo, pensé que una muchacha de veinte años de edad, acostumbrada al lujo, festejada por toda la sociedad, rodeada de admiradores, y dis-

puesta en aquella tarde de julio a salir de veraneo, pensé que esa muchacha que se abrasa en tierras africanas, que abandona sus amores y amistades, que trueca el lujo y la molicie por vigiliass y menesteres de fregatriz y que con sus veinte años, edad de las ilusiones y de las quimeras, pone éstas en amor, para amortiguar sus duelos a los pacientes, a los

que sufren y a los que penan, pensé que una condecoración no podía ser pago para sus humanitarios desvelos.

La propia estimación del deber cumplido ha de ser su mayor recompensa.

Y a esa recompensa va unida la gratitud perenne de los heridos y enfermos por ella cuidados, y las preces que en su favor hayan elevado al Altísimo las que pidieron por los combatientes.

TOMILLARES



Mimí Merry del Val en la puerta de un hospital de Melilla con el traje de enfermera de la Cruz Roja

UNA MONTERIA EN EL "COTO DE DOÑANA"

MASCARILLA, el culto e infatigable cronista de *La Epoca*, maestro de periodistas, me dijo una mañana:

—Estoy convidado a una montería. ¿Qué le parece a usted este rifle que me propongo llevar?

—Magnífico; con buen pulso y excelente puntería...

Me hizo salir al balcón y me indicó la distancia aproximada a que solía disparar tomando como medida lo largo de la acera de la calle, y con arreglo a esa supuesta distancia graduamos el alza, en condiciones tales que en el momento preciso de echársela a la cara sólo se preocupase de disparar una vez hecha la puntería.

Después me enteré que, convidados por el duque de Tarifa para montar en Doñana, habían salido de Madrid los duques de Medinaceli, Almazán, Arión, Castillejos y del Arco; el marqués de Valdeiglesias y D. Gonzalo Rivera.

En Palma del Río, en Córdoba y en Sevilla se unieron a la expedición el marqués de la Guardia,

D. José y D. Ricardo López de Carrizosa, hijos de los marqueses del Mérito; D. Patricio Garvey y D. Patricio Medina Garvey.

En el muelle del Guadalquivir esperaba a los aristócratas cazadores, en Sevilla, el yate de los duques de Tarifa, *Stephanotis*, que los transportó en pocas horas, después de una feliz y pintoresca travesía, a los Caños de la Figuerola.

Pasaron la noche en la suntuosa mansión, y a la mañana siguiente comenzaron los ojeos bajo la dirección del montero Juan Domínguez, muy práctico en estas empresas venatorias.

El primer ojeo se efectuó en la Mancha Aulaga. Mató el primer venado el marqués de la Guardia; otro lo tiró de lejos el duque de Almazán.

En el segundo ojeo, verificado en el Mar-

tinazo, Pepe Mérito mató un magnífico ciervo de diez y siete puntas y dos botones.

La tercera *mancha* se dió en la Porquera del Jabato.

El resultado del primer día fué: duque de Medinaceli, un venado de un solo tiro, únicas res que le entró; el conde de Ribadavia mató



ma reseña de su resultado.

Entro en la Redacción de *La Epoca* y encuentro a Mascarilla en su mesa de trabajo, trazando con su galana pluma sobre las

tres venados e hirió a otro; D. José Mérito mató tres venados; D. Gonzalo Rivera cobró dos, y los perros apresaron un venado y un cochino.

El segundo día se montó en Las Manchas, El Puntal y el Corral Quemado, y el resultado de este día fué: diez y seis venados y tres jabalíes cobrados por los cazadores, una cierva que apresaron los perros y una jabalina que se entregó ya cansada, a la que apresaron los ojeadores echándola encima una manta. Esta jabalina fué soltada después en el patio de la casa llamado *el toril*, y que tiene antecedentes históricos, pues en la cacería que organizó el duque de Medina-Sidonia al recibir la visita de Felipe IV el año 1624, Su Majestad, desde un balcón, mató tres toros con su arcabuz, después de presenciar la lidia.

Los aristocráticos cazadores contemplaron también desde el comedor la lidia de la jabalina, que se defendió bravamente y que fué indultada de la última pena, que trató de imponerle uno de los distinguidos monteadores, desde el mismo balcón donde Felipe IV efectuó su hazaña disparando su rifle del mismo modo y con las mismas precauciones que el Monarca disparó su arcabuz.

Sin tiempo ni espacio para relatar los pintorescos lances de esta montería, nos limitamos a dar una brevisi-

cuartillas el interesante relato de tan agradable expedición, y me tomo la libertad de preguntarle:

—¿Qué tal la montería?... ¿el rifle?... ¿el alza?...

El resumen total de reses cobradas fué el siguiente: duque de Medinaceli, un venado (único que vió y tiró); duque de Arión, siete venados y un linco; duque de Tarifa, dos venados y un jabalí; conde de Ribadavia, siete venados y un jabalí; duque de Almazán, dos venados y dos jabalíes; D. José Mérito, nueve venados y un jabalí; D. Gonzalo Rivera, seis venados; duque de Castillejos, cuatro venados; D. Ricardo Mérito, tres venados, y D. Patricio Garvey, tres venados y un jabalí. El resto, hasta setenta, fueron muertas por los perros.

MIGUEL MORALES ACEVEDO



Grupo de ojeadores que tomaron parte en la última cacería

PAISAJE SENTIMENTAL

DIVÍASE en lontananza los montes serranos poblados de pinos, y la planicie, donde entre muchedumbre de olivos, corre

noche. Los grillos dan su monótono *cri-cri*; las ranas graznan en las charcas.

Una estrella—sin duda amorosa—desciende en rápido vuelo, rozando a su amada en un furtivo beso.

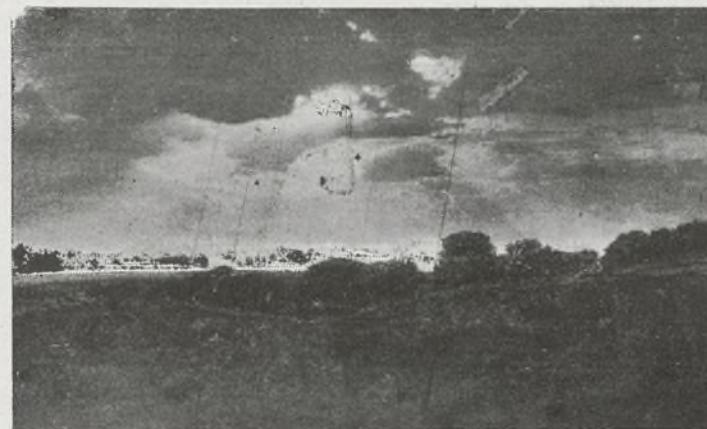
* * *

Es la hora romántica, donde nuestros pensamientos parece como que nos llevan a un examen de conciencia, a meditar de los actos de nuestra vida, añorando el pretérito, soñando el porvenir.

Es la hora del amor silente, de las ansias de ser amado, de poseer a la mujer codiciada, de saciar las sed de amo-

ambas mujeres tornan silenciosas. Sus bocas callan, las almas sostienen animada plática. *El*, que anida en el corazón de la madre, en el corazón de la amada.

¡Amor fué siempre férrea ligadura inse-



su curso el riachuelo, en cuyas mansas aguas abrevan toros y novillos de fiera sangre.

Es la hora crepuscular en que la policromía de las cosas toma un color uniforme que trueca en negras manchas el verdor de las hojas de las acacias, belloteros, platanales, chumberas y pitas.

De las faenas del campo tornan los mozos a sus lares. Uno de ellos, con voz gimiendo, canta:

Porque me pegó mi padre,
a la calle yo me fuí,
y al año, cuando volví,
ciega me encontré a mi madre
de tanto llorar por mí.

Piérdense en el aire los últimos acentos de la canción doliente. Todo parece haber caído en la calma. Todo parece haber caído en profundo letargo.

Ya los gallos no lanzan su *quiquiriquí* agudo, no piafa el caballo ni muge el toro. Duerme el tierno recental que acaba de soltar la ubre de la vaca. En el redil déjase de escuchar el balido de las blancuzcas ovejas recién esquiladas, y el mastín de ancho collar, con afilados clavos, dormita a los pies del viejo pastor de curtido rostro.

La calma es infinita. Viene a turbarla el estridente pitido de una locomotora que, allá lejos, muy lejos, horada un túnel, y de cuya chimenea se eleva al cielo, en espirales, densa humareda.

* * *

Torna la calma. Llega la cerrazón de la

res en sus húmedos labios, de mesar sus undosos cabellos, de acariciar sus manos, a las muestras fuertemente enlazadas.

Es la hora para el *Amor*, que consigo trae la noche, con sus misterios, que se enseño-rea como reina y dueña.

Sentada al borde del regato, una moza enjuga su llanto con el delantal. Piensa en el mozo que antaño le acompañara diciéndole



sus quereres, sus presagios—canción de amor y optimismo—, el mozo sano de cuerpo y de alma, el mozo que une “los bríos del viento con la pujanza del roble”, el mozo que separándose de ella ofrece su vida en holocausto a España luchando en el africano suelo.

Tañen con fúnebre son las campanas de la vecina iglesia. Doblan lúgubres por aquellos amores que ya fueron muertos por otros amores que debieron ser.

Y la novia fija la mente en el campamento donde se halla su amado, eleva sus húmedos ojos hacia el cielo en ferviente plegaria, en la que pide por la salvación del mozo.

Llega la madre de éste y

parable! Así como a los seres no se les debe juzgar por su apariencia ni a las cosas considerarlas por su superficie, el paisaje requiere que se pase de una primera y visible realidad a otra realidad superior; es decir, el paisaje necesita que se le sienta, porque cada momento tiene su fisonomía y cada hora su sentimiento.

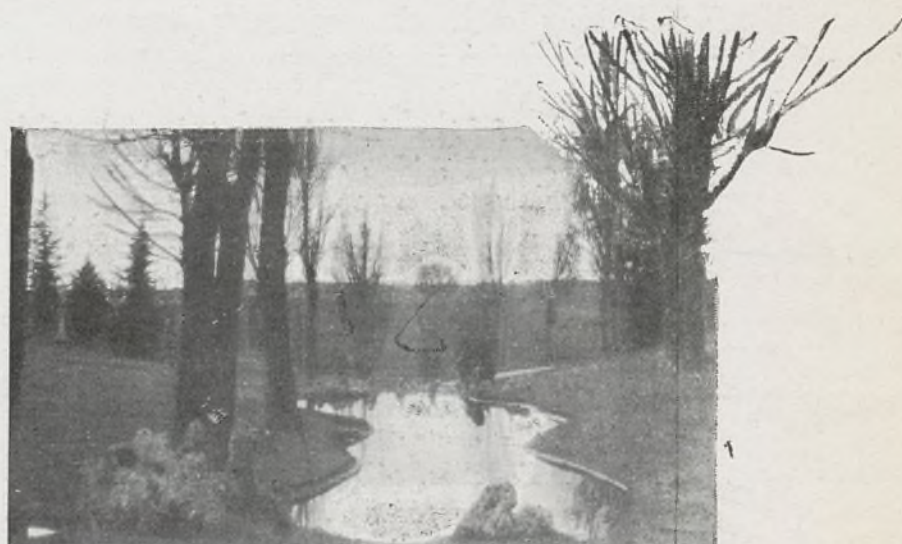
Rousseau tiene un perfil literario tan firmemente aunado porque fué el primer escritor que logró descubrir, no sólo cuanto de bello pudo encontrar en el paisaje, sino por su sensibilidad finísima y exquisita consiguió averiguar que todo paisaje tiene un alma, y que ese alma, según las horas del día o de la noche, da un matiz diferente, que también de diferente manera llega a impresionar a quienes contemplan un paisaje.

Hasta en las guerras—¡oh, aquellas guerras románticas que Francia sostuvo en el siglo XIX!—ha influido el paisaje. La de la Vandée, que tan a la perfección y haciendo despertar vivísimo interés nos describe el genio ciclópeo de Víctor Hugo, es la prueba más perfecta de ello.

El *vandeano* se apoyaba en la sensación de tristeza que tenía el paisaje donde operaba para ejercer una influencia decisiva sobre el enemigo contra quien operaba.

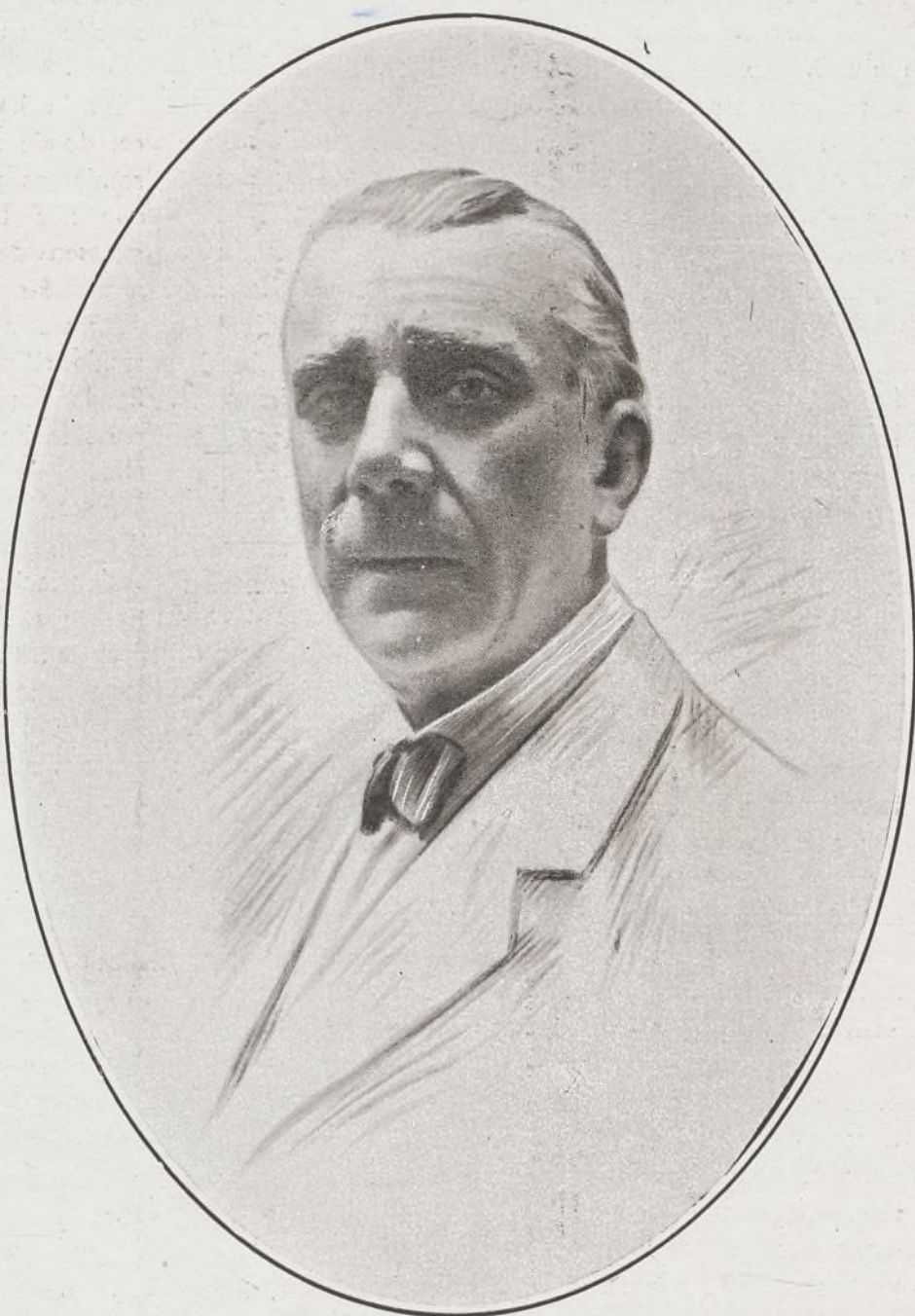
No es sólo en esta guerra; en todas, más o menos directamente, ha influido el paisaje.

N. J. DE U.



LA ARISTOCRACIA DEL ARTE

María Guerrero - Fernando Díaz de Mendoza



DESPUES de dilatada ausencia, durante la cual han realizado una gran campaña, rica en aplausos y en provecho, por toda América, poniéndole un remate grandioso con la inauguración del teatro Cervantes en Buenos Aires, de nuevo se encuentran en Madrid, y en su solar artístico de la Princesa, este aristocrático matrimonio de eximios artistas. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza vuelven llenos de entusiasmo a presentarse ante este público, que no sólo les quiere, sino que profundamente les admira, considerándoles como algo suyo.

Realmente, a María Guerrero y a Fernando Díaz de Mendoza les debemos todos los españoles agradecimiento eterno. Después de grandes desdichas nacionales, cuando el nombre de la Patria era no sólo poco respetado, sino hasta vilipendiado, comenzaron su cruzada artística a través de todos los países americanos de habla española, y merced a su arte y a su influjo, el nombre de España fué enaltecido, y la labor de sus artistas fué respetada, siendo ellos, sólo ellos, los que pasaron en triunfo por aquella América que tan nuestra fué, no sólo la gloria de su arte, sino el arte también de sus dramaturgos.

No sin emoción recordamos que en la capital de la República de Chile, en Santiago, nos enseñaron, paseando por la Alameda, un plinto de estatua en el que, merced al influjo de la Guerrero y de Díaz de Mendoza, fueron borradas unas frases que, a la par que ensalzaban a un héroe, eran injuriosas para España. En aquellas tierras, tan apartadas de nuestra Patria, bendicimos el nombre augusto de los que, por fuero de su sangre y de su arte, saben en todos sitios ser españoles, muy españoles...

* * *

De nuevo están en el teatro de la Princesa, en ese teatro donde tantos triunfos han alcanzado, en ese teatro donde los hijos del matrimonio ilustre se presentaron al público no sólo con su aplauso, sino con el unánime elogio de la crítica. El arte excelso de María Guerrero ha llegado a su máximo desarrollo. Nosotros, que hemos visto sobre la escena a todas las actrices francesas e italianas, desde las que comienzan hasta las que ya van consumiendo el postrer rescoldo del fuego de su temperamento, declaramos que

María Guerrero es, entre todas las actrices europeas, la más amplia de matices, la de más delicado gusto, la de más perfecta dicción, la que sabe dar con un gesto, con un ademán, con el tono de una frase, una emoción más intensa y más firme. ¿Qué decir de Fernando Mendoza? Ningún actor de los actuales le puede aventajar. Su aristocratismo, por fuero de la sangre, lo lleva a su arte, y por lo tanto, es exquisito y delicado y tiene todas las fases temperamentales características de un gran actor.

La inauguración del solar artístico de sus triunfos no sólo ha sido una manifestación de simpatía, sino algo más, porque desde que la Guerrero y Mendoza partieron para las tierras americanas estaba ausente de entre nosotros su arte exquisito, tan vinculado ya a la historia de nuestra dramática.

La sociedad madrileña ya tiene a sus artistas preferidos, y María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza han vuelto a oír los aplausos de los que mejor que nadie los comprende y más que nadie los admira.

L. de T.

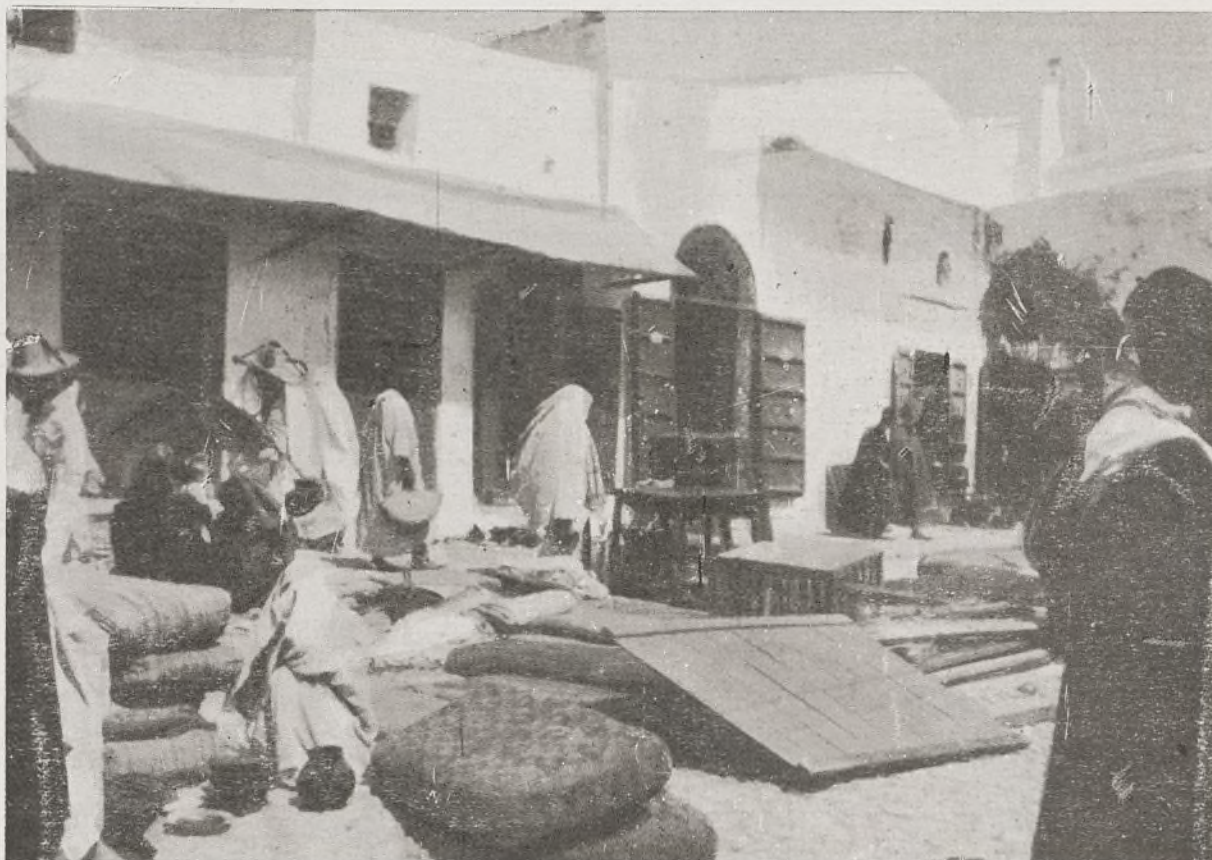
PEQUEÑAS DIVAGACIONES SOBRE EL PROBLEMA MARROQUI

DESDE los trágicos días de Annual e Igueriben, más aún, desde el fatal momento en que, tras una rápida posesión de Abarán, las tropas sufrieron las tristes consecuencias del salvajismo rebelde, hemos atravesado todos los caminos: los del éxito y los de la incertidumbre, los de la reconquista y aquellos otros que tanto nos sumen en el desconcierto.

Han transcurrido varios meses desde la madrugada del 22 de julio, en que el general Navarro enviaba un radio al Alto Comisario desde Dar Drús, explicándole la crítica situación de las tropas españolas y pidiéndole instrucciones. De la respuesta dada desde el *Bonifaz* por el general Berenguer dependió el porvenir de aquel ejército. ¡Acaso sin la orden de resistencia se hubieran evitado épocas tristes, sucesos sangrientos, traiciones indignas de las cabillas cercanas a Melilla!

El tiempo ha transcurrido, y la Historia recogió en su seno con caricias de madre los nombres de varios héroes. El teniente Flomista Moya, el *perdigón* de la Academia segoviana, héroe de Abarán; Fernando Primo de Rivera, cargando cuatro veces al paso con los escuadrones de Alcántara; el teniente Arcos y tantos otros que nos recuerdan los feroces momentos de la tragedia, son bastantes para reconfortar el espíritu y hacernos pensar que, si tremenda fué la hecatombe, hubo de servir para demostrar la braveza de nuestros soldados.

¡Nuestro Ejército! El alma castellana puede resumirse en estas dos palabras. Toda España tiene en él fija la mirada, y cada uno de sus éxitos recientes es un aliento vivificador de la raza. Es triste la incitación a la venganza; pero las tierras africanas, sembradas de cadáveres de hermanos nuestros, nos impelen a olvidar todo sentimiento generoso de perdón.



Rincón de un mercado moro

Y a este íntimo placer del castigo responden las voces de júbilo que salieron de nuestros labios cuando el batallón del Rey asaltaba las alturas de Sebt; cuando las tropas de Sanjurjo, con los bravos legionarios de Millán Astray, ocupaban las lomas de Nador; cuando los terciarios coronaban el macizo de Taxuda; cuando Cavalcanti, con un puñado de valientes ingenieros, abría el camino de Tizza para dejar paso al convoy que mandaba el capitán Aranguren, y cuando los Regulares de Ceuta, primero con González Tablas y después con el teniente coronel Mola, escribían con su sangre hechos gloriosos para nuestra enseña nacional.

El desmoronamiento de la Comandancia

general de Melilla parece olvidado. Las causas de la hecatombe—cuya culpa vemos nosotros en la acción política desarrollada para la ocupación de Monte Mauro y la sumisión de los Beni Said, donde debimos entrar como guerreros y no en acción de protectorado—se han difuminado tanto, que para encontrarlas acaso tuviéramos que remontarnos a los días de la conquista de Orán por el cardenal Cisneros.

* * *

Pasaron, por fortuna, las horas inciertas. La victoria, que, como las mujeres coquetas, no sonríe a los hombres débiles, ha acariciado a nuestros soldados, y los éxitos militares se suceden, constituyendo una esperanza lisonjera, un optimismo para el triunfo de nuestras armas. La cruz verde de los escuadrones de Alcántara domina de nuevo en los puntos más avanzados de nuestras líneas, y los legionarios, esos héroes anónimos que, cuando más buscan, buscan un nombre, sientan los jalones de un futuro ejército colonial que habrá de venir a consolidar y sostener el prestigio alcanzado por las tropas después del rudo castigo que forzosamente hay que infligir a las desalmadas hordas de Abd-el-Krim.

Vendrán los días de la responsabilidad y los de las recompensas. La población española espera en la seguridad de que la normalidad traerá como corolario el premio y el castigo. Pero mientras esto llega, dirige la vista hacia nuestros hermanos prisioneros, hacia los que en Annual y Axdír esperan ansiosos la hora de su liberación y con ella el momento de besar el suelo patrio.

¿Por qué no han sido rescatados? Esta pregunta brota de todos los labios, y la respuesta parece un enigma.

LUIS BENAVENTE



Una pintoresca calle tetuání

Ayuntamiento de Madrid

EL INGENIO EN EL TEATRO

Si no estuviéramos acostumbrados a presenciar temporadas teatrales precarias de arte y pobres de ingenio, creeríamos que estábamos asistiendo a los funerales de la escena española. Y no es que no haya excepciones en lo que respecta a obras que no están mal; hay, en efecto, obras que no están mal y que hasta están muy bien, obras en las que han logrado sus autores armonizar, por ejemplo, la visualidad pintoresca y brillante con un fondo de espiritual e inteligente ironía: el caso de *Don Juan de España*, o bien obras en las que la sátira costumbrista de revista da un tono comprensivo y tolerante: es el caso de *La prisa*.

También tenemos el drama fuerte, el drama intenso, varonil y terrible, en que López Pinillos, sin pretender producir en los espectadores el *estremecimiento nuevo*, produce un estremecimiento, o mejor dicho, una sacudida eléctrica de considerable voltaje.

Ante la comedia de Martínez Sierra, toda evocación y toda literatura, recordamos las aspiraciones a reformar el tablado teatral que ocuparon la vida de hombres como Craig y como Reinhardt. Sencillez elegante, sobriedad moderada, acomodación del decorado, del vestuario, de la luz, a lo que pueda haber de simbólico en la trama del producto literario que se representa. Esto es trascendental, y a ello acude Martínez Sierra con una especie de admirable audacia innovadora que a pocos es dable ostentar.

El teatro es un arte de síntesis; todo cabe en un escenario, ya que por los escenarios han desfilado tantas vidas de hombres y mujeres, tantas pasiones, tantas ideas, tantas locuras, tantos arrebatos. Wagner lo sintió así antes que cualquier otro. En el teatro se puede llegar a dar una impresión de integralidad como no se logra en la novela.

Pero esa integralidad no debe excluir la colaboración interpretativa del espectador.

Comentando las iniciativas de Mr. Craig, dice Arthur Symons: "Todo el arte escénico de Mr. Craig es una protesta contra el realismo". Y gracias a semejante protesta, y sin llegar a la desaparición del decorado, como en muchos casos se nos ha ocurrido propugnar, el escenario logra una virtualidad poética que no posee cuando entre pintores, atrezzistas, carpinteros, etc., instalan delante de nosotros unos bosques casi auténticos, unos salones completamente auténticos, unos muebles, unos juegos de luz que pueden competir con los de la mismísima luz solar. En el avulgaramiento de las artes auxiliares de la escena ha tenido gran parte la plebeyez que podríamos calificar de zolesca. La falsa verdad teatral llega a abrumarnos durante los últimos años del siglo XIX. Recordamos una graciosa protesta de un autor dramático de aquel tiempo, que achacaba el mal éxito de una de sus obras a la dirección artística del teatro en que se había estrenado. En una acotación se indicaba que sobre la mesa de un comedor humeaba una sopera. Pues bien: no humeaba la tal sopera en la representación, y esta ausencia del vapor de agua dió, según el dramaturgo, al traste con la obra. Realismo zolesco, descripticismo ramplón, materialidad ingenua y candorosa.

Martínez Sierra es hasta ahora el más denodado propagandista de esa manera inteligente de ver el teatro. Otros empresarios llaman lujo al alarde o tratan de ofuscarlos mediante la cooperación de toda índole de materiales deslumbrantes.

Creemos que Martínez Sierra podría aún hacer más y llegar a más. ¿Qué primorosa sería una representación de una comedia ita-

liana en la que todo, desde el decorado y el traje al gesto y la voz, estuviera estilizado conforme a la receta de Mr. Craig, receta que conoce completamente bien el empresario de Eslava!

* * *

Comenzamos nuestro artículo en un tono de protesta contra la falta de ingenio que se disfraza de humorismo teatral. Hay diversas clases de comedias. Indiquemos algunas: la sentimental, la satírica, la comedia de ideas, la comedia de té de las cinco... Pero hay también la comedia zoológica. Y he aquí que es la más prolífica de todas esta última. La barbarie sin gracejo, la astracanada en libertad, el graznido sin trabas, se han adueñado de la rampa escénica. El mal adquiere caracteres cada vez más trágicos. Aun en teatros como el de la Princesa, que es un teatro al que acude un público de externa selección, se da acogida a esa especie de engendros.

"Las gentes quieren reír", nos dicen para disculparse autores y actores. En efecto: la risa es algo esencialmente saludable. Terapéuticamente, la eficacia de la risa es maravillosa. Sin embargo, la capacidad hilarante de esas comedias destornilladas y desatinadas es muy relativa. Para que produzcan el efecto apriorísticamente deseado es necesario en el público una preparación especial. Si el público no está ligeramente prostituido por el juego de palabras, por el ejercicio del *colmo* y del retruécano cuartelero, a nadie se le quitará un pesar ni se le disipará una preocupación.

Pedíamos antes una colaboración como la que exige Mr. Craig entre el público y el autor o los histriones. Pero una noble y espiritual colaboración. Los fabricantes de monstruosidades teatrales cuentan con la colaboración de una parte del público. "El vulgo es necio", pero la necedad voluntaria es mucho más irritante que la necedad inevitable y fatal.

BERNARDO G. DE CANDAMO

LAS DIVERSIONES EN MADRID

FRAGMENTOS DE UNA CARTA

DESDE tu rincón aldeano, lleno de paz y de silencio, siento la nostalgia de la vida agitada y bulliciosa de Madrid... Madrid, encantadora amiga, se divierte, dicho sea en honor de la verdad, pero no se divierte de la manera franca y espontánea que tiene por costumbre. Madrid no olvida a los miles de soldados que allende el Estrecho mantienen el honor de nuestras armas, oponiendo, además, la barrera de sus pechos al empuje de los marroquíes. Muchas familias tienen en África a sus deudos más queridos, y muchas familias, ¡por desgracia!, visten luto porque bajo tierra, en África, yacen los seres queridos.

A pesar de todo esto, la sociedad madrileña no ha dejado de reunirse. Ha buscado como punto de cita los teatros y los salones de baile del Palace. Las casas de nuestros más linajudos aristócratas permanecen cerradas. Ni comidas, ni reuniones, ni alegres

fiestas. Sienten, verdaderamente, junto con el amor a la Patria, un deseo de que los que allá luchan no puedan sentir envidia por los que acá se divierten. Esta delicadeza les honra. ¿No lo crees así?

Los teatros, los empresarios de los teatros mejor dicho, han querido entrar en esta cruzada de caridad que aquí todos sentimos, y en el comienzo de la temporada teatral se han organizado funciones cuyos productos han ido a engrosar las suscripciones abiertas para remediar amorosamente, por medio de la iniciativa particular de damas virtuosísimas, cuanto la acción oficial, un poco fría y automática, no pudo atender.

Actualmente nos reunimos los lunes en el Real Cinema. Las muchachas más bellas y distinguidas de Madrid se dedican en este día de la semana a admirar a las artistas de

la pantalla. Realmente, es interesante dedicar una tarde a la película. Nos asomamos a un mundo que no conocemos, y que la mayoría de nosotros no conoceremos jamás. Nuestros corazones se agitan contemplando a los seres que por movimientos pasionales llegan a la pleamar y al delirio. Las costumbres en los campos norteamericanos, las carcerías en África, las suntuosas fiestas en la India nos llenan de curiosidad.

Los martes, viernes y domingos, baile en el Palace. Los grandes salones del suntuoso hotel están muy animados, y conforme el invierno avanza se van viendo más caras conocidas.

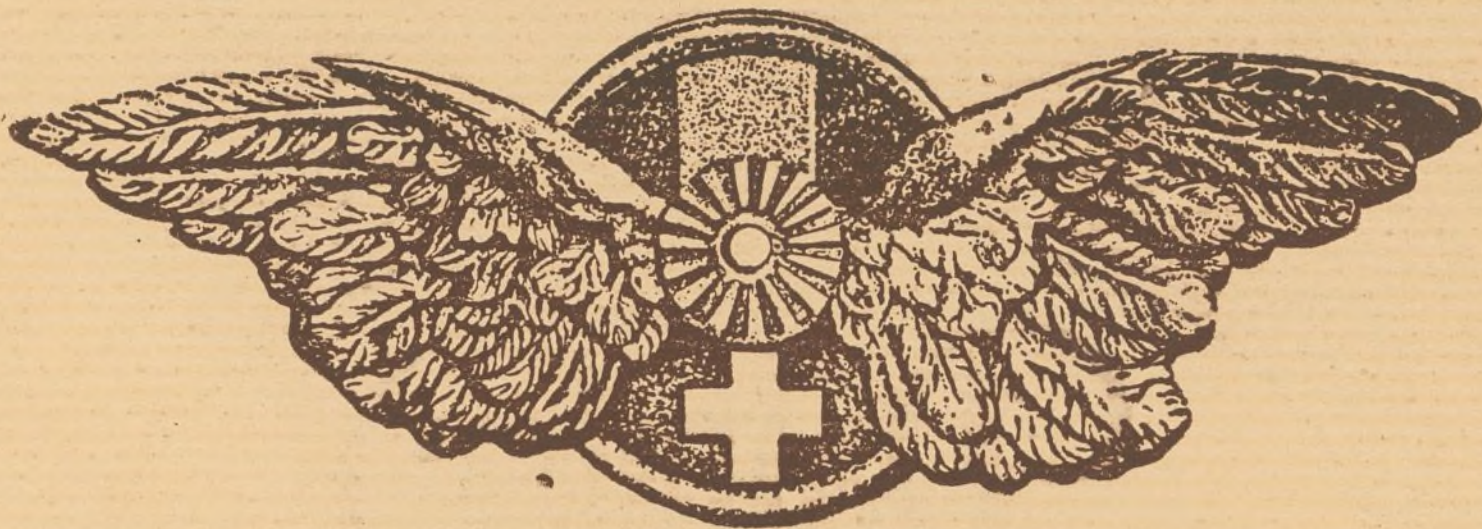
Ya ves: nos divertimos. Nuestras madres no quieren que el tedio nos invada y nos hacen muchas veces ir a más sitios de los que queremos ir. Pero, a pesar de todo, envidio tu rincón aldeano y aquella paz y aquel silencio.

X

L. DE TAXONERA, CONFECCIONADOR

Imprenta Cervantina. Oficinas: 5, P. Isabel II.

LOS COCHES



“Hispano-Suiza” (Fábrica Española de Automóviles)

Han probado ya repetidas veces su enorme superioridad,
su resistencia incomparable, la robustez de sus órganos

Despacho provisional: FELIPE III, núms. 4 y 6. - MADRID

MISCELANEA

—Oye, Mariano. ¿Puedo confiarte un secreto? ¿Serás callado?
—Como una tumba.
—Pues bien; necesito veinte duros.
—Puedes estar tranquilo, es como si no me hubieses dicho nada.

* * *

En una reunión había un gracioso que era el que más se esforzaba en dar pruebas de su ingenio y de su inspiración haciendo chistes malos.

De pronto, un baturro que ajeno al grupo les escuchaba, exclama dirigiéndose a aquél:

—Usted que es tan agudo; a ver: ¿por *ende* cortaría usted un jamón *pa* llevarse más magra?

—No sé. ¿Por dónde?

—*Pus*, hombre; por la *cuerdica*.

* * *

—¿Son *ho* as éstas de volver a su casa un hombre *casado*? ¿Las dos de la mañana!

—Pero ¿qué tiene que ver?...

—Que son las dos, y que a estas horas...

—Pero, Juanita, por Dios; reflexiona que aun cuando no hubiera salido, también serían ahora las dos de la mañana.

* * *

Un niño entra muy decidido en una botica y dice:

—Diez céntimos de pastillas para la tos.

—¿Son para ti, rico?—le dice el boticario.

—Las pastillas, sí, señor; pero quien tiene la tos es mi hermanito.

* * *

—Haga usted el favor de darme un par de botas que no me duelan en la cabeza.

—Dirá usted en los pies.

—Digo en la cabeza porque es donde mi mujer me las tira.

* * *

—Enrique, siempre me acuerdo del cuento del burro que me contó usted.

—¿Tanto le gustó, señora?

—Mucho. Desde entonces, en cuanto veo un burro, me acuerdo de usted.

* * *

—Pero, tonta; si no se va a casar contigo.

—Estoy segura que sí.

—¿Por qué?

—Porque se está enterando al céntimo de la fortuna de papá.

* * *

—Mi papá me ha traído un vaso muy bonito que pone “Recuerdo de Santander”.

—Pues el mío nos ha traído cuatro cucharillas de plata que ponen “Café de la Marina”.

* * *

—¿Le gusta a usted el jamón en dulce?

—Muchísimo.

—¿Y el jerez?

—Es mi delicia.

—¿Y las aceitunas sevillanas?

—Más que el pan.

—Pues si tiene usted tabaco, fumaremos un cigarro para celebrar que los dos simpatizamos en la cuestión de alimentos.

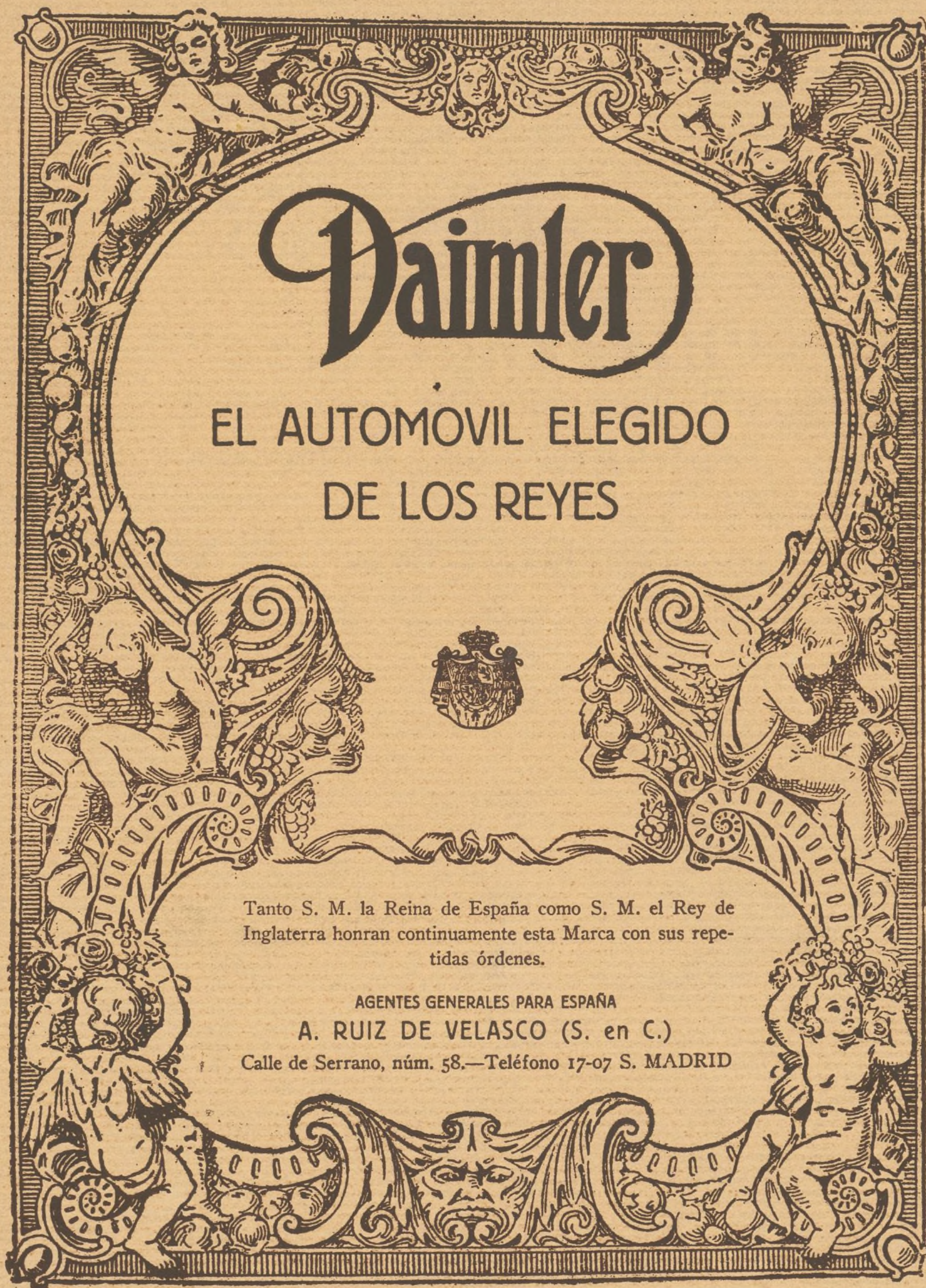
LOS GUANTES

He aquí que hasta ahora ignorábamos el que los guantes pudieran servir para sostener una conversación muda.

Un profesor americano ha visto muchas veces en los paseos y teatros señoras y señoritas que, al parecer indiferentes, se entendían por medio de los guantes con sus enamorados.

Observó que todas coincidían en las señales, y deseoso de que las demás mujeres sepan qué significado tienen, lo publicó.

Dejar caer un guante significa, *sí*. Arrugar los guantes en la mano derecha, *no*. La mano izquierda con medio guante puesto, *indiferencia*. Golpearse sobre el hombro izquierdo con el guante, *sígueme*. Golpearse la barba con los guantes, *ya no te amo más*. Voltar los guantes al revés, *te odio*. Doblar los guantes con esmero, *deseo estar contigo*. Ponerse el guante izquierdo dejando fuera el dedo pulgar, *¿me amas?* Dejar caer ambos guantes, *te amo*. Dar vueltas a los guantes alrededor de los dedos, *ten cuidado; nos espían*. Golpearse la mano con los guantes, *estoy molesta*. Tomar un guante en cada mano y abrir los brazos, *estoy furiosa*. Arrugar ambos guantes con ambas manos, *vete pronto; viene papá o mamá*. Arrojar los guantes por lo alto y recibirlos con ambas manos, *acércate; estoy sola*. Morder los guantes, *¿cuándo me escribes?* Mostrar ambas manos con los guantes puestos, *salgo a paseo o a hacer visitas*.



Daimler

EL AUTOMOVIL ELEGIDO
DE LOS REYES



Tanto S. M. la Reina de España como S. M. el Rey de
Inglaterra honran continuamente esta Marca con sus repe-
tidas órdenes.

AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA
A. RUIZ DE VELASCO (S. en C.)
Calle de Serrano, núm. 58.—Teléfono 17-07 S. MADRID